

Los ángeles han podido pecar, y, en efecto, pecaron.

Pecó Lucifer, y su pecado fué la causa de que otros ángeles pecaran, no porque él los obligara á cometer esa culpa, sino induciéndolos, como por cierta exhortación, según la frase de Santo Tomás.

El pecado primero cometido por Lucifer, fué la soberbia.

La envidia vino en seguida.

“Después del pecado de soberbia, dice Santo Tomás, cayó el ángel pecador en el pecado de la envidia: se dolió del bien del hombre y se dolió también de la excelencia divina, por cuanto á que Dios usa de ella para su gloria, contra la voluntad del ángel que había pecado.”

San Pablo revela, con sus frases sobrias pero siempre luminosas, cómo pudo caer Lucifer en el pecado de envidia.

“Dios, dice el Apóstol, introduciendo á su Hijo único en el mundo, ordenó por segunda vez á los ángeles que le adoraran: *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terræ dicit: Et adorent eum omnes angeli ejus.*”

San Pablo dice que, por segunda vez, *iterum*,

introdujo Dios á su primogénito: una segunda vez, necesariamente, supone una primera.

“Nos es permitido, entonces, dice el P. Monsabré, creer con los Santos Doctores y con eminentes teólogos, que el plan total de la creación fué originariamente revelado á los ángeles que vieron entonces al Verbo Encarnado, y que Dios les pidió, para este gran predestinado, un cántico de adoración.”

Vieron, entonces, desde esa vez primera, al Verbo Encarnado, al Verbo hecho hombre, al Verbo divino unido á la humana naturaleza.

“Oh esplendor del Padre, exclamarían entonces, dice el P. Monsabré, espejo inalterable y viviente de la sustancia divina, ¿por qué envilecer-te?”

“Quieres unirte á la creatura; deténte en nuestra luminosa y pura esencia, y no vayas á perder-te en un polvo abyecto, si quieres evitarte el desprecio de nuestra grandeza.”

“Y el Verbo, agrega el P. Monsabré, respondió: id, malditos, *ite maledicti.*”

Quiso Lucifer buscar, en sí mismo, su felicidad suprema, y este fué su orgullo: quiso despreciar al Verbo, porque lo veía unido á la humanidad,

que era una naturaleza inferior á la suya, y esta fué su envidia.

No es posible hacer cálculos para conocer el tiempo que duró este misterioso y trágico acontecimiento: nuestra naturaleza mixta, preciso es repetirlo, no nos permite darnos cuenta completa y cabal de la manera con que se realizan las operaciones de las naturalezas puras, como son los ángeles.

Las revelaciones de Dios, el levantamiento del orgullo y de la envidia, el juicio, la sentencia, la maldición, el combate de los espíritus fieles contra los espíritus rebeldes, la victoria, el eterno alejamiento de las falanges pecadoras, todo se ha realizado en un instante.

El efecto que la culpa produjo en los ángeles, y eso constituye su pena, fué el que su entendimiento se entenebreciera, que su voluntad se obsecara, y que su ser sintiera el dolor no como una pasión, sino como lo puede sentir un espíritu.

El conocimiento de la verdad, ó proviene de la naturaleza, ó proviene de la gracia, y este último puede ser especulativo ó práctico.

El primero en el angel pecador, ni se disminuyó ni se perdió: ese conocimiento sigue á la na-

turaleza y la naturaleza del angel es el ser inteligente.

Como esa naturaleza es enteramente simple, nada se le puede quitar para que, con lo que se le quite, quede castigado.

En el hombre, que es una naturaleza mixta, si puede quitarse algo, cuya pérdida le sirva de castigo, como cuando se le corta un pie ó una mano.

La simplicidad hace imposible la separación de una parte de la substancia simple.

Por eso los filósofos y los teólogos afirman que los dones naturales permanecen íntegros en los ángeles pecadores.

El conocimiento especulativo que proviene de la gracia, y que consiste en la revelación de los secretos divinos, quedó disminuido en los ángeles pecadores, según la enseñanza de Santo Tomás, y el conocimiento efectivo, proveniente del mismo origen y que consiste en crear el amor de Dios en los seres que han salido de su mano, lo perdieron completamente.

La obsecación en el mal, el permanecer invariablemente en el mal, es el otro efecto que la culpa produjo en los ángeles pecadores.

La causa de esta obstinación no es la gravedad de la culpa, sino la condición del estado.

Para los ángeles, dice un eminente doctor de la Iglesia, fué la caída, lo que es para los hombres la muerte.

Los pecados del hombre, graves ó leves, son perdonables: después de la muerte, son irremisibles y permanecen perpetuamente.

Así pasó en los ángeles, después de que pecaron.

Hay también en los ángeles pecadores, dolor y sufrimiento.

No existe en ellos ese dolor como una pasión, porque eso es propio del apetito sensitivo, que es una virtud en el órgano corporal, del que carecen los ángeles.

Pero el dolor, como simple acto de la voluntad, existe en los ángeles que pecaron.

El dolor, así considerado, no es más que la resistencia de la voluntad á aquello que es, ó á aquello que no es.

En los ángeles malos hay ese sentimiento de dolor: quieren que no sean muchas cosas que son, y que sean las que no son.

Quisieran que se condenaran los justos; quisieran tener la bienaventuranza que no tienen.

Al no obtener alguna de esas cosas, su voluntad se siente contrariada, sufren, porque la pena y el sufrimiento, para que tengan ese carácter, han de ser contrarias á la voluntad.

Los ángeles malos quedan, por consiguiente, con obstinación apegados al mal, como aquellos animales cuyo diente, penetrante y cruel, se hunde tan profundamente en la presa que no se le puede separar, sino rompiéndola.

Incapaces de encontrar la felicidad en la paz, corren tras de los falsos goces de la venganza en la que gastan el admirable poder que tienen por su naturaleza, ejerciéndolo sobre los espíritus y sobre los cuerpos.

“Venganza contra Dios, dice el padre Monsabré, á quien pretenden arrebatarse las adoraciones de la criatura, falsificando su omnipotencia por medio de prestigios; venganza contra los ángeles fieles, cuyo gobierno y protección contrarían turbando á la naturaleza y seduciendo á las almas; venganza, sobre todo, contra el hombre que debe llenar los vacíos que ellos dejaron en el cielo, llevándolo al mal para arrastrarlo consigo en una eterna desgracia.”

“Esta venganza, agrega el padre Monsabré, ha-

ce sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aplastado á los demonios bajo el peso de su vanidosa ciencia.”

“Negando la acción de los malos espíritus, creen haber encontrado una novedad: se engañan.”

“Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo, los han precedido hace mucho tiempo.

“Sus sarcasmos ligeramente han pesado sobre la creencia del género humano; juzgo que el desprecio soberbio de nuestros contemporáneos, no ha de tener mejor fortuna.”

“La tradición sobre la existencia de los ángeles malos está hecha, y su autoridad es demasiado imponente para que, puedan destruirla los negadores que la rechazan.”

“Si los espíritus existen, ¿puede rehusárseles la libertad?

“Si son libres, ¿por qué no creer en su caída?”

“Si hay espíritus caídos, ¿porqué no podrán hacer uso de su poder maligno?”

Por haberlo manifestado en diversas épocas, los pueblos los han adorado bajo los nombres de *divinidades crueles, funestas y sin piedad.*

Por eso mismo, los filósofos más sensatos han

confesado su existencia y descrito su papel en el mundo.

San Pablo, el filósofo del cristianismo, de acuerdo con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el genio de Platón y Aristóteles, ha dicho: “No tenemos que luchar solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los principados y las potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire.”

La caída de los ángeles podía no ser en el origen de las cosas, más que una sombra providencial, destinada á poner de resalto los esplendores de nuestra fidelidad.

Se ha hecho, sin embargo, el prólogo del drama de nuestra caída: tiempo es de volver á su estudio.

LA CAIDA DE ADAN.

El primer hombre, adornado con los espléndidos privilegios de la naturaleza y con los incomparables dones de la gracia, vivía sumergido, por decirlo así, en las delicias del Edén, en íntima y no

interrumpida comunicación con Dios y hablando con los ángeles.

Estaba sometido á la observancia de un precepto: Dios había intimado á Adán y á la dulce compañera de su vida que no tocasen el fruto de un árbol, que hermoso se levantaba en aquella mansión de auras embalsamadas y de flores bellísimas.

Nada podía impulsar, á los moradores dichosos de aquel sitio, á infringir el divino precepto: sus cuerpos estaban dulcemente sometidos á las inspiraciones de su inteligencia, su razón estaba sujeta, sin esfuerzos ni violencias, á la voluntad del Creador, que les amaba con las ternuras de una madre cariñosa.

Pero, en el plan divino, es regla invariable que los seres superiores obren sobre los inferiores.

Así es que, el mundo invisible, los ángeles que en él habitan, tenían que hacer sentir su influencia sobre el mundo visible, destinado para Adán y para todos sus hijos.

El mundo angélico se había dividido: parte de los ángeles fueron confirmados en la gracia; otra parte, rebelde y altiva, cayó de las regiones de la luz en que debía vivir para siempre.

Los ángeles buenos hacían sentir sobre el hombre su influencia bienhechora, afirmaban sus pasos en el camino de la felicidad eterna: los malos tenían que conspirar para precipitarlo y perderlo.

Los ángeles malos, á quienes había perdido la soberbia, sufrían las angustias de la envidia.

No podían resignarse á que el Verbo se hiciera hombre, no podían tolerar, digamos así, que la naturaleza humana, inferior á la angélica, se divinizará con la Encarnación del Verbo.

Si después de su caída odiaban al Eterno, no era menos el odio que abrigaban con respeto al hombre.

Lucifer se propone tentarlo y perderlo: Dios lo permite.

En esta permisión de Dios nada hay de inconveniente: ninguna criatura, por poderosa que sea, puede perjudicar al rey del mundo contra su voluntad.

La Providencia concede á todos los seres lo que les conviene, según su naturaleza, porque no es propio de ella perder á los seres, sino salvarlos.

“Tuvo, pues, el primer hombre, dice el P. Monsabré, el poder de resistir á la tentación, y este poder, más fuerte entonces de lo que es hoy, debía,

en los designios de Dios, acrecentar, por su victoria, los méritos de nuestro primer padre y engrandecerlo sin duda. No es, por lo mismo, de admirarse que éntre en escena el ángel caído: la Providencia lo llama y su propia perversidad lo empuja.

Llega, en efecto, al Edén: la serpiente, dice el Génesis, era el más astuto de todos los vivientes salidos de la mano de Dios.

Es decir, el maligno espíritu envileció su naturaleza, bella todavía, aun en el crimen y en el infortunio, hasta tomar el cuerpo de un animal.

Y era, hasta cierto punto, como necesario que, para realizar su empresa, tomase una forma sensible.

El demonio tienta hoy por sugestión: en el primer hombre, antes de que pecara, no tenía poder el ángel de las tinieblas para impulsarlo al mal por medio de un ataque interior: era preciso que lo tentara exteriormente.

“Por otra parte, si hubiera manifestado su presencia, dice el P. Monsabré, por una aparición en armonía con su naturaleza deshonrada, al ver su triste hermosura herida por los rayos del cielo, habrían adivinado al enemigo aquellos á quienes él quería sorprender.”

Así es que el demonio, por medio de una serpiente verdadera y natural, de la cual se valió como de un instrumento para formar voces semejantes á las humanas, fué quien tentó á Eva.

“Por la envidia del diablo, dice el Libro de la Sabiduría, entró la muerte en el mundo.”

“El diablo, dice San Juan, fué homicida desde el principio.”

En consecuencia, según la palabra divina, que para los cristianos es infalible, Lucifer ha sido el autor de la primera tentación.

Además, aquella tentación se realizó hablando la serpiente á Eva y Eva respondiendo: este diálogo no podía verificarse sino entre seres inteligentes; Eva lo era y la serpiente no: la serpiente, entonces, tenía que ser el instrumento ó de un hombre ó de un ángel, porque sólo estas dos clases de seres son inteligentes entre los seres creados: el hombre no podía ser el autor de la tentación, porque no había otro más que Adán, y aun cuando hubiera habido otro hombre, no habría podido formar voces por medio de la serpiente, como ningún hombre ha podido hacerlo en el curso de los siglos.

Preciso es, de consiguiente, que el autor de la

tentación haya sido un ángel: no podía serlo un ángel bueno: fué, pues, el ángel malo quien tentó á Eva.

Y la serpiente de que se valió, para realizar la tentación, fué una serpiente verdadera.

El texto del Génesis no deja lugar á duda: "la serpiente, dice la frase de Moisés, era el más astuto de todos los animales que Dios había creado."

Esta comparación de la serpiente, con otros animales, sería inepta por completo, si por serpiente se entendiera el diablo ó una serpiente fingida.

"Serás maldita, dice también el Génesis, entre todos los animales y bestias de la tierra."

Esto manifiesta abiertamente, que la serpiente, á la que se le dirigen estas palabras, era del número de los animales que había en el mundo.

"Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás tierra," agrega el texto del Génesis.

Esto no puede convenir, sino á una serpiente natural y verdadera.

Alguno podría decir que la serpiente no era el más astuto de los animales, y de aquí inferir que no se trata en este pasaje de Moisés, de una serpiente verdadera.

Se le llamó astuta, por el demonio que de ella se valía, como se llama dolosa á la lengua, no porque ella tenga dolo, sino porque la mueve una inteligencia dolosa.

Además, la serpiente es astuta, para dañar insidiosamente y para conservarse incólume: por eso Cristo decía: "sed prudentes, como las serpientes."

Si una serpiente verdadera, hubiera hablado á Eva, ésta, sin duda, se hubiera horrorizado, y, turbada, hubiera huído.

Esta observación podría inducirnos á creer que no fué una serpiente verdadera la que habló á la madre del género humano.

Pero no podía haber temor ninguno en Eva, porque todos los animales estaban sujetos á los primogenitores de la raza humana, y no podían dañarlos.

El que la serpiente hablara, no podía causar extrañeza á Eva; pudo muy bien juzgar que esto se hacía por algún espíritu, sin reflexionar si ese espíritu era bueno ó era malo.

Aunque los ángeles, cuando aparecen y hablan á los hombres, no se valen generalmente de cuer.

pos verdaderos y naturales, no carecen de poder para servirse de ellos.

Un ángel bueno, según refiere la Escritura, se valió de un asno de Balán, para formar voces semejantes á las humanas; según la narración de Moisés, el ángel malo se valió de la serpiente para tentar á Eva.

¿Pero cómo permitió Dios la tentación de los padres del género humano, sabiendo, como sabía, que habían de caer en ella?

“Si tal pregunta se hace, dice San Agustín respondo que no puedo penetrar la profundidad de ese designio de Dios, y confieso que es superior á mis fuerzas.”

Puede, sin embargo, decirse, que si Dios permitió la tentación, fué para manifestar su omnipotencia que es tan grande, que del mismo mal se saca bien, su justicia castigando y su misericordia concediendo el perdón.

Permitió la tentación, porque es propio de su Providencia dejar á todos los seres con las tendencias propias de su naturaleza y permitir, por lo mismo, que los hombres, dotados de libre arbitrio, puedan libremente ceder ó resistir á la tentación.

En fin, permitió la tentación para manifestar

al hombre su pequeñez, para darle á conocer lo que puede ser el libre arbitrio aun cuando esté ayudado por la gracia.

El tentador se dirige á la mujer: menos inteligente que el hombre, puede hacerse más fácilmente vana y orgullosa: formada de la substancia misma del hombre tiene sobre su corazón un poder misterioso: el camino era seguro para alcanzar la victoria.

Tienta á Eva, preguntando: esta es la manera más segura de tentar á una alma.

“La interrogación, decía el P. Lacordair, es el arte de poner en duda lo que existe.”

El ángel tentador, al preguntar, no pone en duda la autoridad de Dios, sino el objeto de la prueba.

Es como si hubiera preguntado: es seria la prohibición, que Dios os ha hecho, de no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El árbol de la prueba parece á primera vista un juego inconveniente de la omnipotencia divina; pero basta un poco de buen sentido para ver que no es así.

“El hombre, dice el P. Monsabré, espíritu y cuer-

po, une inseparablemente en todas sus operaciones, los dos elementos de su naturaleza y siente la necesidad de referir á signos todo lo que hay en él de más inmaterial; el pensamiento, los sentimientos, el deber. Necesita, si debe ser probado, que la prueba se dirija á toda su naturaleza, que tenga en el objeto de esta prueba un signo que hable á los sentidos y represente al espíritu la autoridad de una voluntad superior que impone sus órdenes. Importa poco que este signo sea una cosa grande ó una cosa pequeña, con tal que exprese una idea digna de Dios.

Por ventura ¿os fijais en la materia, en la forma, en el color del poste ó del lindero que indica los límites de un campo?

“Que sean de madera ó de piedra, redondos ó cuadrados, blancos ó negros, continúa el P. Monsabré, vuestra honradez desdeña estos detalles pueriles, y no ve, en estos vulgares objetos, más que el derecho del propietario y la santa majestad de la ley.”

Si alguno intenta violarlos, ellos mismos harán escuchar las amenazas de la justicia.

Ya se ve, cómo el ángel malo fué el autor de la tentación, cómo el instrumento de ella fué

una serpiente natural, y cómo, bajo la forma de una pregunta, tendía el ángel de las tinieblas á precipitar á la madre del género humano en el abismo de una infracción del precepto divino.

—

No fué indigno, decíamos, de la Majestad Divina, escoger un árbol del Paraíso para encarnar en él, por decirlo así, una prohibición y constituirlo en un instrumento que sirviera para probar la obediencia de los felices moradores de aquel sitio delicioso.

No es, decíamos, la materia ó la forma de un signo lo que le da valor y eficacia: su fuerza y su importancia derivan de lo que ese signo representa.

“El tronco del árbol seco, dice el P. Monsabré, que encontraron un día los soldados romanos y sobre el cual pusieron otro leño atravesado para clavar allí á un hombre que acababan de condenar los tribunales civiles y religiosos, aunque es un madero muerto, la humanidad toda le llama la cruz santa, la cruz venerable, la cruz preciosa, el estandarte del Rey de los Reyes.”